

UNA MALA NOCHE DE CHACACA Y MANGOS

Por la mañana, en un momento de inspiración en el baño del hotelito de Pedro Ruiz, un pueblito perdido del norte de Perú, Eliana y yo pensamos que sería más atractivo llegar a Chiclayo por Chachapoyas en vez de ir por Bagua con mejor carretera pero menos opciones de aventura. Pero es que tampoco había mucho que elegir pues, en plenas fiestas patrias peruanas se había prohibido el servicio habitual de los buses. Pareciera insensata esta decisión, justo cuando se registra mayor movilidad en el país.

Pensé que con tanto carrito, combi o colectivo no habría ocasión de quedar varados y que, en el peor de los casos, podríamos llegar como menos hasta Cajamarca que tan cerca se veía en los mapas. Lo que no supe evaluar, porque no aparece en los planos, fue el mal estado de los caminos de tierra por dónde íbamos a meternos. Tampoco se ilustraban las cadenas de montañas andinas que hay por medio donde desplazarse supone un tiempo adicional incalculable. El libro de ruta catalogaba la vía de “tierra afirmada”. Pura ironía ante tanto firme irregular, tanto charco, tanta curva y tanto polvo que nos fue erosionando a lo largo del camino.

Sin pensarlo mucho tomamos un carrito para desplazarnos al lugar donde se tomaban los colectivos. En menos de dos horas, por caminos de tierra, llegamos a Chachapoyas, un lindo pueblito de montaña que no tuvimos ocasión de disfrutar pues en seguida comprobamos que había pocas opciones de movilidad para ese día. Como media hora después logramos llenar un nuevo colectivo que nos dejaría en Hierbabuena donde, nos dijeron, allí había un mercado dominical donde había mucha movilidad.

En buena medida optamos por esta ruta para visitar las ruinas preincas de los antiguos chachapoyas. Buscaban evitar ser invadidos por los incas, pero parece que no les sirvió de mucho; sin embargo, con el paso de los siglos, sí que se fue convirtiendo en un centro turístico de cierta importancia. Nos movíamos a ritmo de oportunidades de movilidad disponible, unas veces más rápido de conseguir y otras más

lento. Así que fue imposible desplazarnos a las ruinas de Kuelap y en Tingo (no confundir con Tingo María la población de selva de seja famosa por su plantas de cocaína a la otra parte de Perú), tan sólo hubo ocasión para hacer unas fotos aprovechando que el chofer dio unos minutos de descanso para estirar las piernas. En los cinco minutos que anduvimos por el poblado, me pareció un sitio lindo digno de volver y más aún cuando vimos a la salida un magnífico puente sobre el río Utcubamba.

Ya en Hierbabuena no fue difícil encontrar un bus pero hubo que esperar al final del mercado para completarlo. La fuerte actividad del mercado supone una importante movilidad de gente de la sierra que bajan con sus productos agrícolas. Motocarros, camiones, colectivos, buses, animales de carga ... todo vale para hacer los desplazamientos. Mientras esperábamos, aproveché para fotografiar todo lo que me pareció novedoso en un mercado tan peculiar. No paré un instante de hacer fotos. Me pareció estar en la España de los 50 pero con una cultura bien diferente. Ya en la combi y aunque el camino era de tierra y el firme irregular, a veces con charcos y siempre polvoriento, llegamos antes de medio día a la plaza de Leimebamba.

Los desplazamientos hasta ahora nunca habían pasado de los 10 soles pero de pronto las únicas opciones ¡sólo por llevarnos al siguiente lugar! eran de 200 soles. Buscando negociar algo mejor, nos dimos un tiempo. Un camión lleno de mercancías fue la única opción en las horas siguientes pero finalmente no lo tomamos pues parecía muy incómodo.

Los manguitos comprados en el mercado aliviaron nuestra espera. Al costado estaban unos pobrecitos niños con sus ponchos andinos y su mamá, que dijeron haber bajado de la sierra para una visita al médico. Les ofrecí unos manguitos que comieron con tal avidez que no pude evitar darles la bolsa entera.

Congeniamos con una familia que también iban por la misma ruta. Dijeron que no podían ofrecer más de 20 soles por cabeza. Al atardecer, corrió el rumor de que un nuevo camión iba a partir de inmediato para Celendín. Fuimos prestos al lugar donde salía y vimos

que tenía un cajón especial para transportar ganado y, encima, un altillo donde se podía encaramar la gente. Aunque en esta ocasión no iba con ganado, vimos a una veintena de personas que trataban de acomodarse con sus enseres en un espacio demasiado precario y optamos por no cogerlo. Me fijé también en la familia que iba a Celendín, afanándose en hacer el espacio lo más grato posible con recursos demasiado pobres para poder conseguirlo pero con ánimo sobrado para poder creérselo.

Volvimos a la plaza cuando comenzaba a anochecer, un poco desarmados porque ahora nuestra mejor opción era quedarnos a dormir en el mismo pueblo. En esas estábamos cuando llegó un taxi desde Balsas, un pueblo pequeño al otro lado de la cordillera al que se accedía por un camino de tierra lleno de curvas. De nuevo en un intento de negociar aparecieron los 200 soles como precio del viaje pero en esta ocasión, presionados por la retirada del sol y por la premura de llegar pronto a Cajamarca, nos pareció la mejor opción. La precaria situación nos llevó a descartar Chiclayo como punto final de día.

Sin más preámbulos comenzamos a subir desde Leimebamba a la Abra Barro Negro. El ascenso era muy pronunciado y tras pasar algunas casitas de adobe cercanas al pueblo, pronto vimos una panorámica hermosa desde lo alto del valle. Clarito parecía verse toda la cuenca donde nacía el Utcubamba y, una vez reunidas sus aguas, bajaba con aguas más tranquilas surcando un fértil valle que parecía generoso en frutas y verduras y con pastos suficientes para crear una próspera actividad láctea.

El camino de tierra estaba en muy mal estado lo que obligaba a manejar con cuidado por los numerosos desniveles que las lluvias y el paso de vehículos han ido creando. No hubo que avanzar mucho para comprender que eran justos los 200 soles que pidió el taxista por el viaje. El avance era difícil y trabajado y el abra que se intuía allá en lo alto se hacía esperar.

Al mirar en un momento dado para el lado vimos la luna en una aparición estelar que bien valió la parada del taxi. Era espectacular el

ascenso lento entre las nubes de una hermosa luna y por encima, bañadas por los últimos rayos solares, otras nubes daban más colorido si cabe a la estampa. Toda la serie de fotos que hice salió tan buena que me costó trabajo elegir después la mejor. Aquella bonita imagen era la conjunción casi perfecta de varias coincidencias coordinadas. El sitio era perfecto para la observación, más abajo no hubiera sido lo mismo, justo era el último día de luna llena, en un momento en que el sol dejaba escapar sus últimos rayos solares, los de colores más bonitos sobre unas nubes casualmente dispuestas por encima de la luna. En la base de la estampa estaba la cordillera andina con sus aserradas formas, por encima, una banda de nubes blancas parecía sujetar la luna y más arriba una cenefa púrpura remataba la decoración de tan espectacular escena. Pese a las penurias nos sentimos dichosos.

Con la emoción en el cuerpo, cuando llegamos al abra, le pedí al taxista bajar para hacer una foto, aunque sabiendo que poca luz que quedaba hacía difícil que pudiera salir algo bueno. Justo al salir del taxi para hacer fotos, el frío, aumentado por un viento inclemente, solo era soportable tras una pared de adobe de una especie de refugio. Cuando volví al taxi, el viento helado me había chupado toda la calidez que mi cuerpo necesita para vivir y creí que me moría. Eliana a fuerza de abrazos, palos y otros abrigos intentó darme calor pero yo seguía en un estado en el que no reaccionaba, titiritando de frío. Solo la insistencia y tenacidad de sus manos generosas me fueron devolviendo poco a poco el sano calor necesario para sobrevivir.

Ya en la bajada, a pesar del frío viento, fue sorprendente ver a gente andando por la pista de tierra de acá para allá; principalmente indígenas del lugar cuya mejor protección era un poncho pero que debían estar pasando un frío de veras. La explicación del taxista de que eran gentes que iban o venían para visitar a los familiares, no me quitó de la cabeza mi preocupación más cuando pude vivir en mi propio cuerpo el frío helado. Algunos estaban parados al borde del camino, otros avanzaban en cualquier dirección. Pensé en la gente subida en el camión con vacas y en la familia con dos hijos pequeños atravesando el abra. En la subida lo habíamos adelantado y en poco más de una hora estarían pasando por ese infierno de frío helado. El

taxista dijo que ellos estaban acostumbrados y que conocían recursos para combatir el frío. Entonces me pareció que el taxista trivializaba demasiado la situación. A él solo le preocupaba terminar el servicio pero también es verdad que de nada servía mi preocupación.

Pasada la hora de cenar, llegamos a Balsas, un pueblecito destartalado donde las luces apenas dejaban entrever su desbarato. Una especie de plazoleta estaba presidida por un cuartel de la policía muy bien situado para ver cualquiera que cruzara el soberbio puente sobre el río Marañón. Las escasas y paupérrimas casitas de adobe pareciera que habían nacido a la sombra del puente.

Una semana antes, al comienzo del viaje, conocimos los ríos Huallaga y Mayo; ambos dan sus aguas al Marañón, lo mismo que el río de esta parte de la región: el Utcubamba. Me sentí aventurero de cualquier tiempo merodeando por las orillas del gran río Marañón, ese que al unirse con el Ucayali allá por el pueblito de Nauta crean el caudal más grande del mundo en cantidad y longitud: el Amazonas. Por eso el cruce del puente se me antojo de una dimensión geográfica admirable, y a cada paso se me pegaba en los pies la soberbia encrucijada de la cuenca amazónica.

La situación era preocupante. De noche en aquel pueblito de apenas una docena de casas nos levantaba serias dudas sobre qué hacer ¿buscábamos alojamiento o seguíamos en cualquier movilidad que no hiciera avanzar a pesar de la hora nocturna? En esas dudas estábamos cuando de pronto apareció un camión y sin pensarlo mucho ví a Eliana negociando con el conductor. Nos decía que podría llevarnos hasta Celendín en la caja del camión y que llegaríamos sobre las 2 ó 3 de la madrugada. En medio del mar de dudas, todo lo decidió Eliana que corría tras el camión cuando ya estaba cruzando el puente sobre el río Marañón y que fuimos a pararlo ya al otro lado.

Tenía fuertes reticencias en eso de ser pasajeros en un camión. Mientras seguían pensando, Eliana pidió un tiempo para hacer sus necesidades antes de partir. A mi se me antojó aquello como el deseo de quien va a ser fusilado y pide al menos hacer pipi. Mientras, con dos voluminosas y pesadas mochilas me vi trepando a la cima del camión.

Ya arriba, todo era incómodo hasta la misma recepción de Nelson, el chico encargado de distribuir la carga. Menos mal que dos cosas me fueron familiares en aquel sitio hostil: los paquetes de chancaca y el fuerte olor a mango.

Así que entre la olor a frutas recién cogida y a chancaca nos fuimos acomodando. En el momento de subir sólo estaba habilitado un espacio para tumbarse Nelson, así que con poca gana y una actitud de hacer pocos amigos, creó un espacio adicional apilando los paquetes de chancaca que estaban esparcido sin orden. No sé de donde venía el camión, pero parecía probable que hubieran cargado la fruta en algunos de los pueblecitos que pasamos. Así que mientras Nelson se tumbaba tan ricamente a lo largo del camión tapado con dos mantas en previsión de lo que estaba por venir, nosotros apenas podíamos estirar las piernas en un espacio más precario y reducido y sin apenas ropa de abrigo. Así las cosas, el camión reanudó su marcha y al mismo tiempo inició un azaroso vaivén en sentido transversal a la marcha que nos zarandeaba como muñecos de un lado para otro sin contemplaciones. Con resignación asumimos que aquel bamboleo descompasado sería el medio en el que tendríamos que sobrevivir las próximas cuatro horas.

Colocamos las mochilas pequeñas como almohada, y boca arriba, se buscaba la posición más cómoda ajustando el cuerpo entre la chancaca y la barandilla opuesta del cajón del camión. Eliana, que como buena peruana no era la primera vez que se desplazaba de un lugar para otro en camión, me dio en ese preciso momento un rápido pero sabio consejo: *“aquí no te puedes andar con remilgos, busca la posición más cómoda aunque tengas que molestar al de al lado”*. Lo apliqué de inmediato. Alargué una pierna aunque eso significaba dar con mi rodilla en el pie de Nelson constantemente. Al poco tiempo, la estrategia comenzó a dar sus frutos. Mientras Nelson buscaba otros espacios, nosotros estirábamos poco a poco las piernas.

Intenté comprender cómo estaba dispuesta la fruta en el camión pero la situación precaria impedía la más elemental comprensión. Estaba claro que había unos tablones de madera por encima de la fruta y nosotros estábamos encima pero ¿se apoyaban los tablones

directamente en la fruta? ¿habían puesto los tablones para subir eventuales viajeros y así incrementar sus ganancias? ¿los tablones eran una especie de doble techo del camión? Otros asuntos más vitales atraían con más fuerza nuestra atención y las preguntas quedaron para siempre sin respuesta. Lo importante era que los tablones ofrecían suficiente estabilidad.

Ignorando las adversidades, intenté centrar la atención en las cosas más agradables. Así que tumbado boca arriba sobre el constante tracoteo del cajón de madera del camión, con ganas de desgajarse en cada bache, se podía divisar un magnífico cielo lleno de estrellas y, al lado, la misma luna que fotografié en la abra pero ahora más alta. La noche estaba tranquila, la temperatura era excepcionalmente buena y el pico de la montaña más alta del lugar nos acompañaba impasible a pesar de los constantes giros del camión que lentamente iba cogiendo altura. Cómplices, comenzamos a compartir estas vivencias para agrandarlas lo más posible. “Imagínate, aquí voy mucho más cómodo que en el taxi, hasta puedo estirar las piernas” dije yo en un momento de inspirado optimismo.

No se me iba de la mente que había que pasar otra abra. Quizá no tuviera los 3.500 metros de la anterior, pero igualmente peligrosa por las bajas temperaturas que se dan a partir de los tres mil metros de altitud. Poco antes, bajando el abra anterior y sintiendo al viento silbar contra el taxi desde el ámbito confortable que nos ofrecía, habíamos comentado la penosa situación que habrían de vivir los que iban encima del camión de vacas. Todo esto nos hacía muy conscientes de lo que podría esperarnos más arriba, por eso era evidente que se evitaban comentarios excesivamente explícitos sobre lo que nos podía pasar. “Qué bien, ahora parece que se quitó el fuerte viento de la abra anterior, igual ésta la pasamos sin viento” me animé a decir para no ver tan oscuro lo que no podíamos evitar.

Las necesidades básicas se redujeron notablemente, ahora solo se trataba de aguantar cuatro horas en las mejores condiciones. Desaparecieron las ganas de comer a pesar de que no habíamos cenado, las de mear o las de beber agua. Ya no existía las ganas de dormi. Ni siquiera estaba preocupado por la suerte de la cámara de

fotos con tanto tracoteo o porque cayera el peso del cuerpo sobre ella. Y el camión, sin prisa y sin pausa, a lo suyo. Pesadamente continuaba subiendo por un camino de tierra de firme irregular y peligroso que evidenciaba una clara falta de mantenimiento. El camino estaba abandonado a la suerte de las inclemencias climáticas que en estos territorios andinos son bastantes severas.

Durante los días del viaje que iniciamos en Tarapoto, llegaron insistentes noticias de accidentes de carretera por el mal estado de los vehículos o por despistes del conductor. Inútil obviar la situación de riesgo en la que estábamos. El camión más viejo no podía ser, a cada paso los tablones del cajón no cesaban de gruñir y, para que no faltara de nada, a medida que subía, el borde derecho del mal dibujado camino marcaba el límite a partir del cuál se abría un vacío oscuro, al final del cual se intuía el profundo barranco andino. Aunque un vuelco del camión significaba algo más que una macedonia de frutas con chancaca, intentaba centrarme más en la noche estrellada de luminosa luna y en simular dormir dejando el cuerpo inerte al ritmo cadente del camión.

Al mismo ritmo parejo de la subida, el frío andino también se incrementaba. *“Nelson, no tendrías una mantita para dejarnos”* Era la linda voz de Eliana con acento peruano que, por encima del ruido cansino del camión, intentaba seducir sin conseguirlo al muchacho encargado de la carga y descarga de la fruta. Éste, ignorándolo todo, yacía envuelto en sus dos mantas a nuestro lado. Personalmente, a mí me pareció irresistible la apelación femenina, y no por algún tipo de argumento razonable, sino por el timbre de voz utilizado que lo aprecié tremendamente seductor. A un “nelson” musical y atractivo le seguía un *“...no tendrías una mantita...”* lleno de preciosos matices sonoros y sugerentes junto a un acabado de petición *“...para dejarnos”* con inflexiones ricas en notas aflautadas que combinaban mejor que un barítono de ópera los tonos altos y bajos en un todo bien acompasado. La verdad, no me explico cómo Nelson no respondió a su petición.

Todo lo que había de abrigo en las mochilas lo habíamos sacado y dispuesto lo mejor posible para combatir el frío. Pero lo que más nos

ayudó a mantener el calor fue nuestra conjunción corporal que reducía el problema a la mitad. Eso y mi chubasquero técnico que, mágicamente estirado, hacía de manta para ambos. Así, seguíamos subiendo sin pausa en el destartado cajón de frutas.

Intenté dormir o al menos simularlo, pero era difícil. Yacíamos pegados a la berlina y, hacia el otro lado, se extendía un espacio que se me antojó onírico pues estaba animado por movimiento que se percibían entre las sombras, acentuadas por la oscuridad creada por un toldo a medio extender sobre un palo longitudinal dispuesto por encima del cajón. A veces, volcado de costado, intentaba precisar qué es lo que estaba viendo, pero la semioscuridad y el incesante tracoteo me impedían tomar una percepción mínimamente y racionalmente aceptable. Lo que más me apetecía pensar sobre lo que veía era que estaba frente a unos incasables pollitos que alternativamente y por filas subían y bajaban sus cabecitas sin piar pero con pasmosa celeridad. Aunque lo que imaginaba era muy divertido, era claramente imposible. Intentaba buscar otros significados más razonables para lo que veía, intentando agudizar la vista, pero una y otra vez, la imagen de pollitos alineados era la más sugerente.

No estoy seguro, pero creo que dormí. En un momento dado sentí, con más contundencia de lo habitual, que algo me oprimía el cuello alternativamente con el ritmo en que se desplazaban los laterales del cajón. Creí que tenía apoyada la cabeza sobre la mochila grande y por eso no comprendía la nueva situación pues ésta solía amortiguar el continuo vaivén. Al rato, en un esfuerzo por saber qué pasaba ví que Eliana para evitar la falta de una de las tablas me había desplazado y ya no apoyaba la cabeza donde creí tenerla sino en los paquetes de chancaca muchos más duros y más propensos para transmitir con más fidelidad las presiones y movimientos del cajón. Algo mejor entendí de dónde provenía un ligero olor a caramelo. Quizá porque era la mejor alternativa natural a la malévola azúcar industrial, le fui dando un bonito y atractivo significado a la panela, ese jugo de caña de azúcar que espesan y solidifican en los miles y miles de trapiches que hay a lo largo y ancho del territorio sudamericano. En Perú le llaman chancaca y en Colombia, panela. Por eso fue que me costó trabajo encontrarla al

pedirla por este último nombre. Desde que llegué a Perú desde España no cesé de buscar los trapiches donde se elaboran. Me sentía feliz de haber encontrado algunos, incluso de haber ayudado en el proceso de su fabricación haciendo de burrito, lo que me sirvió para mitificarla aún más. Cuando vi los paquetes de chancaca esparcidos al subir al cajón sentí la agradable sensación de estar ante algo familiar y buscado pero no pensé que esa noche intimidaría tanto con el endulzante natural hasta el punto de tenerlo, sin pretenderlo, como almohada.

De pronto, un ruido sobresale sobre el resto. Tras un rato mientras me sacudía la somnolencia, comprendí que estábamos pasando por una zona donde los árboles rozaban sobre el camión. Temí que alguna rama al llegar a la altura del cajón, más bajo que la berlina, soltará toda la furia de su presión elástica y nos pudiera lastimar. Entre el aturdimiento, imaginé por un momento un diablillo rojo y malévolo que con un látigo intentaba flagelarnos. Evidentemente algo nos protegía de tantos eventos azarosos. Los reiterados roces con las ramas terminaron por habituarnos a la nueva situación. Curiosos y de cúbito supino veíamos pasar todo tipo de ramas, expectantes como en una buena película. Creí ver ramas de manguito y a lo lejos plantas de cacao o quizá de papaya. Sorprendidos, unas ramas llenas de preciosas flores blancas pasó a poca distancia de la cabeza, dejando algunas flores que caían sobre nuestros cuerpos como sutil lluvia de pétalos que festejaban nuestro paso. Felices estábamos de tanto festejo frutal y floral, cuando de súbito paró el camión en un pueblito andino lleno de árboles frutales y por un momento todo quedó en silencio y el tiempo pareció congelado. Aprovechamos la parada para conseguir una fina mantita que más tarde ayudaría a aliviar el frío de la abra.

Con la manta en nuestras manos la situación cambió, o al menos de eso nos convencimos. Cambiamos de almohada recolocando las mochilas más pequeñas, acomodamos mejor los cuerpos al espacio existente y extendimos la manta encima del modo más eficaz como parapeto contra los duendecillos invisibles del frío. El camión vuelve a tomar su marcha y con ésta de nuevo volvemos a probar ciento de posturas, en la suposición de que ahora sí que estábamos mejor preparados.

Cómplices, Eliana y yo bromeábamos con cualquier cosa. Sentíamos ser un equipo de aventura afrontando un tramo difícil del viaje donde había que sacar las mejores cualidades actuando en sinergia. Intentamos conciliar el sueño para “atravesar el abra sin darnos cuenta”.

“¿Cómo te encuentras?” Me dijo por enésima vez Eliana. Y siempre, con independencia de cómo estuviera le decía “muy bien, estupendamente”. Lo que quería decir en el contexto de esa noche “bien jodío pero bien de ánimo”. Al final, a las 3.10 am, sentimos el frío de la abra atravesando la fina manta que solo lo frenó en parte, pero el corazón iba bien caliente a fuerza de complicidades, ánimos y apoyos con el compañero de aventuras.

Poco a poco sentimos que comenzamos a descender y con ello la ilusión de que paulatinamente el clima se haría más comfortable; pero la esperada subida de temperatura no se dio ni siquiera cuando llegamos al llano. Después supe que el país de mayor diversidad natural, también es el que tiene una compleja distribución climática de modo que en la costa puede ser invierno con temperaturas entre 0 y 10 grados y al mismo tiempo, en la región de selva, oscilar entre 30 y 40 grados. Ese es el efecto de la cordillera andina y que sólo los expertos saben explicar.

De madrugada llegamos a Celendín, cansados de tanto zarandeo y sin apenas dormir. Cuando atolondrado bajé del camión, seguía sin saber qué era lo que realmente había delante de mí. Ya en tierra firme, nos reímos con ganas cuando le comenté a Eliana mi visión de los pollitos.